

## Sobre la antropología filosófica de Zubiri

Luis Rosa Invernón. Universidad de Málaga

La preocupación principal del pensamiento de Zubiri es el tema de la persona. Para Zubiri, y así anticipamos algo que más adelante trataremos con detenimiento, lo primario es la realidad. La persona es una realidad como otras y entre otras. Mas, ¿en qué se diferencia la persona de los demás seres vivientes? Veremos que la diferencia radica en el modo de apertura propio de la esencia del hombre. El hombre está abierto a la realidad por su inteligencia sentiente. Desde esta, el hombre se nos muestra en la problematicidad constitutiva de su propia trascendentalidad. En esta problematicidad nos adentramos ahora para, paso a paso, dar respuesta a una pregunta central en la historia de la filosofía y en la vida misma de cada persona: ¿quién es el hombre?

### 1. Realidad, esencia y ser

Lo primero que nos sale al paso en el estudio de la persona es la cuestión sobre qué sea la realidad. “Realidad” es la formalidad como quedan las cosas en la aprehensión intelectual y además es constitutivo de las mismas cosas reales. Lo importante de esta afirmación está en el término “quedan”. Las cosas “quedan” o se “actualizan” en la intelección como algo *en propio*, con autonomía, con una determinada formalidad. La realidad de las cosas se nos da con su contenido; no es que se nos dé, por un lado, la realidad y, por otro lado, su contenido. Al revés, el contenido se nos da en realidad, se nos da realmente. De ahí que las cosas queden en la impresión intelectual con su contenido y su formalidad.

Aunque todas las cosas sean reales, no todas son iguales, es decir, no todas son igualmente reales. Zubiri distingue, en primer lugar, tres momentos del dar de sí de la realidad en su estructura dinámica. Estos momentos son: la estabilización de la materia, la liberación biológica del estímulo y la inteligización de la animalidad<sup>1</sup>. En la realidad encontramos las cosas en general, entre las que destacan los seres vivos, y entre ellos sobresalen las realidades inteligentes. Los seres vivos pueden ser vegetales, animales o animales inteligentes. Según la estructura del animal las cosas quedan en el viviente bajo diferentes aspectos o respectos. Así, la alteridad queda bajo la formalidad del vegetal como alimento, y su función es nutrirse. En el animal, en cambio, las cosas quedan bajo la formalidad del estímulo, pues su facultad es formalmente la sensibilidad. El animal siente la realidad estímulicamente, está atado a ella. El hombre, en cambio, no es sólo *suscitado* por las cosas, pues estas quedan ante él como *realidad*. Dijimos que realidad era la formalidad, el *de suyo*, como quedan las cosas en la intelección. Pues, bien, el quedar de la cosa es ahora real, autónomo, de ahí que el hombre no esté atado a una respuesta concreta como le sucede al animal. El hombre trasciende el estímulo porque entiende sentientemente realidades. Entonces la vida del hombre no es como la del animal. Su estar entre las cosas difiere. A este estar entre las cosas *habiéndoselas con*

<sup>1</sup> Cfr. X. Zubiri. *Sobre la Esencia*. Madrid: Alianza, 1985. pp. 172-3.

ellas Zubiri lo llama *habitud*. Podemos diferenciar, por tanto, tres tipos de formalidad: formalidad de alimento, de estímulo o de realidad que generan tres formas esencialmente distintas de vida, tres hábitos diferenciados.

Ahora bien, ¿qué es lo que permite aunar la estructura del universo con la inteligencia humana? ¿Cómo accede el hombre a la realidad? ¿Cómo es posible la intelección sentiente de la misma? ¿Cuál es, en fin, el fundamento real de esa nueva formalidad que quedará inaugurada con el hombre? A ello responde Zubiri: la *diafanidad*. Para Zubiri hay algo que se nos escapa “en toda percepción y en toda cosa”<sup>2</sup>. No lo percibimos porque esté más allá de las cosas, sino “porque carece de esa mínima opacidad necesaria para que el hombre tope con ello”<sup>3</sup>. Eso que se nos escapa, dice Zubiri, es la diafanidad. Diafanidad es carencia de opacidad. Es algo tan obvio, tan presente, que en su diafanidad misma no lo percibimos. Por tanto, podemos decir que diafanidad es *trasparencia*, es como el cristal a través del cual vemos lo que está al otro lado de lo diáfano. Pero este cristal no sólo deja ver, sino que *hace ver* lo que está del otro lado. Y en un tercer momento, lo diáfano no es tan sólo lo que deja ver ni lo que hace ver, sino que en una u otra forma es lo que constituye lo visto<sup>4</sup>. Lo diáfano es la claridad misma que tienen las cosas. Por y en esa claridad se hace posible la intelección de las cosas. La diafanidad, la transparencia de la realidad, nos hace posible el conocer. “Pero no basta con lo diáfano para que haya intelección y para que haya visión (...) hacen falta ojos para verlo. Sin esto no habría posibilidad de diafanidad ni de intelección de la diafanidad”<sup>5</sup>. Tratar de ver esa diafanidad (videncia de la claridad) será algo harto complejo: la filosofía que, estrictamente, es metafísica.

Así pues, el hombre se mueve inteligentemente entre las cosas en la diafanidad de la realidad. Esta diafanidad que hace ver las cosas nos presenta la realidad siempre abierta, de modo enigmático. De ahí que el hombre esté lanzado *hacia* las cosas reales y pueda indagar sobre su estructura. En esta indagación, lo primero que afirma Zubiri es la sistematicidad de toda realidad sustantiva: “la realidad última y primaria de una cosa es ser un sistema de notas”<sup>6</sup>. Ser un sistema implica tener una *unidad* intrínseca, y esta unidad se proyecta en todas sus notas haciendo que cada nota sea *nota de*, es decir, nota vertida a las otras notas en el sistema que la cosa es. De esta forma la cosa queda sistematizada de forma cíclica, pues todas las notas refieren a todas en la circularidad (o respectividad) del sistema. Zubiri distingue entre las notas adventicias, las constitucionales y las constitutivas. Las primeras, adventicias, no pertenecen necesariamente a la unidad del sistema. Las constitucionales, en cambio, son *coherentes* al sistema que forman. Este sistema, que es autónomo, es la *sustantividad*. En tercer lugar, las notas constitutivas no sólo son coherentes al sistema sino *inherentes* al mismo. Son las notas autónomas, aquellas que no reposan sobre ninguna otra, y que constituyen la *esencia*.

Refiriendo todo esto a la realidad del hombre, podemos decir que en él encontraremos notas constitutivas, notas constitucionales y notas adventicias. Ahora bien, un *hombre* es un hombre; no sus notas, sino la unidad sistemática de sus notas. Entonces se hace problema el saber cómo esa unidad que el hombre es se proyecta en sus notas. Para Zubiri esa proyección es lo que él denomina *dimensión*. Las dimensiones son di-

<sup>2</sup> X. Zubiri. *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza, 1994, p. 19.

<sup>3</sup> X. Zubiri. *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. p. 19

<sup>4</sup> Cfr. X. Zubiri. *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*, pp. 19-21.

<sup>5</sup> X. Zubiri. *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. p. 28.

<sup>6</sup> X. Zubiri. *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza, 1984. p. 20.

menciones de la sustantividad, en este caso del hombre. Al sistema entero constituido como unidad Zubiri lo llama *forma de realidad*. Cada forma de realidad tiene un *modo* de estar en la realidad. Nos encontramos entonces con que tenemos que considerar cada cosa real a partir de su estructura interna, por un lado, y a partir de su forma y modo de realidad, por otro. A lo primero, a la consideración de la cosa en cuanto tal, llamaremos *talidad*. A lo segundo, a la apertura de esa cosa real a toda la realidad, al más que la cosa es por encima de sus notas, llamaremos *trascendentalidad*.

En su apertura real cada cosa queda en respectividad a las otras cosas. Al ser la realidad abierta constitutivamente, las cosas reales quedan abiertas en realidad entre sí, unas remiten a otras; es la respectividad. Esta apertura es lo que llamamos estar presente en el mundo. Presencia que es permanentemente actualidad. La actualidad de la realidad es precisamente lo que constituye el ser. No es el ser el que hace que las cosas existan. Lo primario es la realidad, no el ser. La realidad en su momento de actualidad en el mundo es el ser, donde las cosas aparecen siendo.

## 2. *El hombre en cuanto tal*

Tras haber situado las nociones de realidad, esencia y ser, entre otras, para facilitar la comprensión del pensamiento de Zubiri, vamos ahora a penetrar en uno de los componentes de la estructura trascendental de la filosofía de Zubiri. Decíamos que podemos considerar a toda realidad en cuanto tal –talidad–, o en cuanto realidad –trascendentalidad–. Comenzaremos considerando al hombre en cuanto tal, es decir, desde el punto de vista de sus notas. Y desde este punto de vista, el hombre aparece como un *animal de realidades*. Zubiri reúne las notas de la sustantividad humana en tres grupos: vida, sentir e inteligir.

Vivir es poseerse; la vida consiste en ser sí mismo. El viviente tiene que “ejecutar formalmente su mismidad”<sup>7</sup> desde una colocación en el universo y una situación determinada entre las demás cosas. Y el viviente responde basado en la combinación funcional de sus estructuras, en un nivel de *suscitación-respuesta* y bajo un aspecto o *respecto formal*. Mientras la habitud radical del animal es sentir, presentándosele lo otro bajo formalidad estímúlica, la sustantividad humana posee otro grupo de notas que varían radicalmente su habitud: la inteligencia. La inteligencia misma siente la realidad. Es *intelección sentiente*<sup>8</sup>. Ciertamente, se dan en el hombre procesos meramente sentientes. De ahí que Zubiri distinga entre acciones del hombre, donde se da sólo el sentir, y acciones humanas, donde el sentir es intelectual. Por eso la sustantividad humana siente, vive e inteligie sentientemente.

Considerando estructuralmente las notas de la sustantividad humana, podemos decir que el hombre es una realidad corpóreo-anímica. El hombre no es, como dijera Platón, el alma atrapada en el cuerpo; tampoco es, como postulan las corrientes materialistas, un cuerpo sin componente anímico alguno. Para Zubiri todo lo anímico es corpóreo y todo lo corpóreo es anímico, de ahí que el cuerpo sea tan sólo un subsistema del sistema que es el hombre, y que la psique sea otro subsistema del sistema sustantivo humano. El hombre es unidad psicosomática.

<sup>7</sup> X. Zubiri. *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza, 1989. p. 198.

<sup>8</sup> Cfr. X. Zubiri. *El hombre y Dios*. p. 35.

El sistema sustantivo humano posee tres caracteres constitutivos: organización, solidaridad y corporeidad. Según la *posición* de las notas, el sistema posee un carácter estructural propio: la organización. El hombre es un sistema organizado de notas. Estas notas, además, son solidarias entre sí, lo que otorga al sistema *solidez*. El tercer carácter de la realidad humana es la corporeidad; la corporeidad es expresión de toda la realidad del viviente. Gracias a este aspecto de corporeidad de la realidad humana es el hombre actual en la realidad, en el mundo. Ahora bien, el cuerpo no es la corporeidad, sino el fundamento material de la organización, la solidaridad y la corporeidad.

El otro subsistema de la realidad humana es, como dijimos, la psique. El hombre en cuanto inteligente trasciende *en* su mismo organismo a lo meramente corpóreo. Y trasciende desde la misma estimulidad, pues aprehende el estímulo como estímulo real. El hombre es animal de realidades.

Pero el hombre es una realidad abierta, inconclusa, que tiene que realizarse. Y es que sus notas poseen una doble función: por un lado, función talitativa, constituir la realidad *tal* como es; por otro, función trascendental, constituir la manera de ser *de suyo* la sustantividad, constituir el carácter de realidad. Esta manera de ser de suyo quedará determinada por su forma de realidad. Las realidades pueden ser cerradas o abiertas. La del hombre es abierta, de ahí que tenga como actividad la realización; la realidad no sólo le afecta sino que se siente afectado por ella: tiene *sentimientos*. Adoptando su forma concreta, el hombre queda *atemperado* a la realidad. A esto es a lo que llamamos *sentimiento*.

El hombre, a diferencia del animal, no es capaz de resolver su vida con las meras tendencias. Tiene que *optar*, poniendo su voluntad en juego, aunque esta voluntad sea estructuralmente tendente. Este continuo optar para realizarse lo realiza el hombre gracias a su inteligencia, principio de realizabilidad. La opción es lo que hace que lo realizable se torne efectivamente real; como decía Kierkegaard, el pensamiento es posibilidad de realidad. Esto determina la *figura de realidad* que el hombre es: una figura que se va realizando, que es realizable, que está ahora realizada y que se encuentra realmente atemperada<sup>9</sup>. Mas figura no es forma. Y el hombre como forma de realidad es persona. Trascendentalmente el hombre es persona.

### 3. La persona como forma de la realidad humana

La persona humana está compuesta de dos momentos, personicidad y personalidad. El hombre no sólo es una realidad *de suyo*, sino que el hombre es una realidad propia que está abierto a toda realidad y a su misma realidad, por ello se autoposee: “no solamente soy *de suyo* (en esto coincido con todas las demás realidades) sino que además soy *mío*”<sup>10</sup>. Así, la forma de la realidad humana es la suidad, que constituye la razón formal de la personicidad<sup>11</sup>. En orden a mis actos yo soy dueño de ellos porque estructuralmente soy *mío*; y en orden a mi constitución tengo propiedades incluso por apropiación porque ya antes soy realidad propia.

La personicidad va cobrando diversas modulaciones a lo largo de la vida: es a lo que llamamos *personalidad*. Somos siempre el mismo, pero nunca lo mismo. La perso-

<sup>9</sup> Cfr. X. Zubiri. *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza, 1986. p. 10.

<sup>10</sup> X. Zubiri. *El hombre y Dios*. p. 120.

<sup>11</sup> Cfr. X. Zubiri. *El hombre y Dios*. 49.

neidad se es, mientras que la personalidad se adquiere. La persona es, entonces, en sentido constitutivo, personidad, y en sentido operativo, personalidad. La modulación de la personidad en la personalidad se da en la realización de los actos. El hombre no sólo ejecuta algunos actos, sino que se los apropia. De alguna forma, el hombre va siendo aquello que va haciendo. El que realiza el acto de mentir es un mentiroso, mientras que el que realiza el acto de acoger es una persona acogedora. La personalidad es, por tanto, la figura que el subsistente ha hecho de sí mismo<sup>12</sup>, el fruto de sus actos a lo largo de su vida (sin entrar ahora a valorar lo que en esos actos hayan influido las personas que con él han vivido).

Además de su figura, de su personalidad, el hombre tiene un modo de implantación en la realidad. El ser vivo posee una independencia y control sobre el medio. Mientras que el animal queda enclavado en su medio, el hombre queda abierto, libre, suelto, absoluto en su mundo. El hombre es absoluto en su mundo porque tiene su realidad y no está atado a las otras, pero su realidad no se la ha dado a sí mismo. La realidad del hombre es cobrada, recibida. De ahí que no sea meramente un absoluto, sino una realidad relativamente absoluta. El hombre como absoluto es relativo a su fundamento, al origen de su realidad. Las cosas reales por su fuerza nos imponen que determinemos frente a ella una manera de ser absoluto<sup>13</sup>. Esta forzosa determinación es la que Zubiri denomina *inquietud de la vida*. Es, por tanto, el poder de lo real lo que nos impele a determinar nuestro absoluto: el hombre como persona absolutamente relativa *está en el mundo*.

Ese *estar en el mundo* de la persona es un estar dinámico, un ser actual en el mundo. Mundo es la unidad de respectividad de la realidad en cuanto realidad. Pues el ser del hombre es una nueva actualidad de la realidad humana en el mundo. Y de este ser, o nueva actualidad de la realidad, es del que decimos que posee dimensiones: individual, social, temporal, histórica, ética y religiosa. Así pues, es la trascendencia de la diáfanidad a la que damos el nombre de *realidad*, la que se actualiza en el hombre y queda modulado como persona haciendo de él una realidad de suyo suya, suidad. Es por su transparencia por lo que el hombre está abierto a toda realidad y a su misma realidad haciendo de él una realidad personal.

Luis Rosa Invernón  
Universidad de Málaga  
Dpto. de Filosofía

---

<sup>12</sup> X. Zubiri. *Sobre el hombre*. 128.

<sup>13</sup> X. Zubiri. *El hombre y Dios*. p. 52.